

I LAS ELECCIONES PARLAMENTARIAS DE VENEZUELA Y SU IMPACTO REGIONAL

PARLIAMENTARY ELECTIONS IN VENEZUELA AND ITS REGIONAL IMPACT

VÍCTOR M. MIJARES

GIGA German Institute of Global and Area Studies, Alemania /Universidad Simón Bolívar, Venezuela

victor.mijares@giga.hamburg

Este breve artículo intenta responder de forma sucinta a dos preguntas: ¿por qué la oposición venezolana logró hacerse con la “súper mayoría” (2/3) de la Asamblea Nacional de Venezuela (ANV) en las elecciones del 6 de diciembre de 2015 (6D)?, y ¿cuáles son las potenciales consecuencias del nuevo mapa político venezolano en el corto y mediano plazo? Como queda claro, cada una de las preguntas responde dos tiempos distintos: pasado y futuro. Pero ambas serán respondidas desde dos niveles de análisis: el nacional y el internacional.

Un hecho central, pero frecuentemente subestimado en la mayoría de los análisis políticos sobre Venezuela, es que estamos frente a un petro-Estado. El proyecto de la autodenominada “Revolución Bolivariana” tuvo como pilar funcional el liderazgo carismático de Hugo Chávez. No obstante, su pilar estructural se encontraba en el *boom* de los precios del petróleo, lo que permitió al presidente financiar programas asistencialistas y minar las capacidades de producción nacional privada, así como el financiamiento de los partidos de oposición. La legitimación de este autoritarismo competitivo ha ve-

nido haciéndose regularmente por medio de procesos electorales marcados por el ventajismo oficialista. La nueva ANV es el resultado de la crisis de modelo político construido por Chávez y heredado por Nicolás Maduro. El descalabro del modelo rentista-carismático se evidenció con la severa contracción económica venezolana y con los resultados del 6D.

La hipótesis central de este artículo es que el ciclo histórico del llamado “Socialismo del Siglo XXI” ha entrado en la fase final dada la crisis de sus pilares funcional y estructural. Ello tiene causas y consecuencias tanto nacionales como internacionales, con profundas implicaciones regionales. El artículo comienza explicando las causas internas y externas que contribuyeron a la victoria electoral opositora del 6D, para luego exponer probables escenarios de gobernabilidad democrática y las interacciones externas en el nuevo contexto.

CONDICIONANTES DEL 6D

Como todo acontecimiento político, los resultados del 6D tuvieron causa multi-

factoriales. Aquí presento una explicación parsimoniosa que se sustenta en la crisis de los dos pilares de la Revolución Bolivariana: el liderazgo carismático y la renta petrolera. Los factores explicativos no niegan las virtudes de la estrategia política de la Mesa de la Unidad Democrática (MUD). Haber mantenido la unidad, a pesar de las condiciones adversas de ser una oposición institucional y económicamente minada, y con limitado apoyo desde el extranjero, es un logro en sí mismo. No obstante, la unidad también se había conseguido en las presidenciales de 2006, 2012 y 2013, así como en las parlamentarias de 2010, las regionales de 2012 y las locales de 2013. De allí que considere a la unidad opositora como una constante, o un factor necesario, mas no suficiente, para el triunfo electoral.

La combinación de liderazgo fuerte, superávit rentista petrolero y un proyecto político transformador, no es nueva en Venezuela. Desde 1958, cuando se dio la transición hacia la democracia, y se instauró la regularidad en la competencia electoral, al menos tres presidentes han contado con los atributos tangibles e intangibles para ir más allá de lo que sus predecesores y sucesores ambicionaron: Rómulo Betancourt (1959-1964), Carlos Andrés Pérez (1974-1979) y Hugo Chávez (1999-2013). Los tres proyectaron al exterior planteamientos políticos que tuvieron un significativo impacto latinoamericano.

El caso particular de Chávez es relevante para explicar la nueva constelación política venezolana. Chávez prolongó su mandato haciendo uso de los instrumentos del autoritarismo competitivo que logra instaurar por vía electoral. Gozó de un

período particularmente largo de destacados altos precios del petróleo, gracias al último súper ciclo de las materias primas. Esto hizo que modelara todo un sistema político y que lo legara a un liderazgo colegiado de su propio partido, imponiendo a Maduro como *primus inter pares*.

La crisis del pilar intangible, el carismático, se explica por sí solo. La muerte de Chávez dejó un vacío en el liderazgo político venezolano, sobre todo en las filas de su propio movimiento y de su Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV). El resultado de la elección presidencial de 2013 registró una significativa merma en el caudal electoral chavista, a pesar del llamado final de Chávez a sus bases a votar a favor de Maduro.

Con argumentos legitimistas y acusaciones sobre el mal manejo económico, estallaron las protestas estudiantiles del primer trimestre de 2014, con un saldo de 43 muertos, así como estudiantes y varios prominentes líderes opositores encarcelados. Aquí el factor carismático desempeñó un rol importante, pues los argumentos legitimistas arreciaron, poniendo en entredicho no solo la elección de Maduro, sino su desempeño presidencial a raíz de la reacción represiva. Esta compensación de control político por medio del uso de la fuerza, hizo que ex presidentes iberoamericanos prestaran atención al caso venezolano; este se posicionó en los medios extranjeros, y se internacionalizó la crisis venezolana. Así, el descalabro del pilar carismático fue el germen de la presión que los ex presidentes ejercieron antes, durante y poco después del 6D.

Pero no se puede entender lo ocurrido sin contextualizarlo dentro del marco de la economía política internacional.

Cuando Chávez ganó las elecciones de 1998, ya Venezuela era un petro-Estado. En aquel entonces el componente petrolero de sus exportaciones representaba un 68%. 17 años después, el petróleo constituye el 96% del valor de las exportaciones venezolanas. Esta característica es crucial en todo análisis sobre el país, pues su economía y su estabilidad sociopolítica están fuertemente atadas a las variaciones del precio del petróleo, haciéndolo un Estado vulnerable ante perturbaciones geopolíticas y de mercado que no es capaz de controlar.

El incremento en la producción de gas de esquisto por medio de fractura hidráulica (*fracking*) en los Estados Unidos de América (EE. UU.) hizo que a partir de 2012 ese país produzca una cantidad mayor de hidrocarburos de la que importa. Esta transformación en la matriz energética mundial ha afectado a la baja los precios del petróleo que se habían mantenido altos desde 2004, con la excepción de 2009, dada la crisis financiera mundial.

Desde 2012 la demanda de crudo venezolana por parte de EE. UU. se ha reducido año a año. Venezuela, por su parte, ha llevado adelante desde 2006 una estrategia de diversificación de mercados aprovechando el auge económico de China. No obstante, la estrategia de ir balanceado las exportaciones dirigiendo crudo a los dos principales mercados mundiales ha reducido su impacto por culpa del *fracking* estadounidense y de la estrategia que, desde 2013, comienza a seguir Arabia Saudita para reducir las ganancias de la producción del gas de esquisto, y para afectar la economía de su principal rival regional, Irán. La creciente sobreoferta de crudos desde las monarquías del Golfo fue

alentada por Washington en 2014 para lesionar la economía rusa luego de la crisis de Crimea, lo que generó el más acelerado derrumbe de precios del petróleo de la historia a partir de junio de 2014.

El gobierno venezolano ha intentado proyectar la responsabilidad de la caída de la producción nacional en el sector privado. Alegando estrategias de desestabilización dirigidas desde el exterior, ha tratado de construir la idea de una “guerra económica”, lo que constitucionalmente le permite medidas extraordinarias por vía decreto, previa aprobación parlamentaria. Pero no es casual que Maduro fije el inicio de lo que llama “la guerra económica” en junio de 2014, justamente cuando los precios del crudo se desploman. Las tensiones entre Rusia, EE.UU., Arabia Saudita e Irán, enfocadas en dos teatros de operaciones, Siria y Ucrania, han creado en efecto un conflicto en el que infligir daño económico es uno de los objetivos principales para aminorar las capacidades de proyección de poder. En este conflicto cruzado Venezuela ha sido un daño colateral.

Un efecto importante en la reducción de capacidades políticas del gobierno venezolano puede calibrarse en el poco o ningún peso que las propuestas de Caracas han tenido sobre las decisiones de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP). La misma semana de las elecciones parlamentarias, el cártel ignoró una nueva propuesta venezolana de fijar un techo a la producción colectiva y así revertir la sobreoferta de hidrocarburos. Hasta el aliado de Venezuela, Irán, se mostró a favor de no limitar la producción, dado que el acuerdo nuclear que levanta progresivamente las sanciones eco-

nómicas sobre Teherán, le permite seguir una estrategia de recuperación de mercados en Asia, y la única forma de conseguirlo es con más oferta a menor precio.

La Ley Orgánica de Procesos Electorales de 2009, sancionada con mayoría calificada del PSUV, consagró un sistema electoral no proporcional. Ello favoreció al oficialismo en 2010, pero paradójicamente lo castigó en 2015. Así, la crisis de los pilares de la Revolución Bolivariana se ha sobredimensionado con una ANV en la que con un 40% del voto popular, el gobierno cuenta con apenas un tercio de la representación.

GOBERNABILIDAD E INTERACCIÓN EXTERNA

En el contexto latinoamericano, Venezuela es lo que denomino como un “régimen exótico”, en tanto va a contracorriente de la cultura política dominante en la región. Los datos arrojados por el proyecto Polity IV en materia de regímenes políticos, muestran una creciente divergencia democrática entre Venezuela y el resto de la región. Incluso gobiernos aliados, como los de Bolivia y Ecuador, se alejan del acelerado patrón de deterioro democrático venezolano. Con sus diferencias y dificultades internas, la región ha venido consolidándose como una zona democrática y de desarrollo que avanza a varias velocidades. Esto hace más llamativo al caso venezolano, por haber sido una de las democracias de más temprana consolidación y una de las economías más pujantes de América Latina.

La evolución del régimen político venezolano hacia una autocracia competi-

tiva desde 1999 fue, como en el caso de los regímenes híbridos, progresiva, sin una ruptura abrupta. Las capacidades de proyección ideológica y el uso de la renta petrolera como instrumento político sirvieron para cooptar y/o inhibir a otras élites políticas nacionales en la región. Instrumentos de control como la Carta Democrática Interamericana, no fueron invocados, bien sea por no estar en el interés de otros gobiernos entrar en un conflicto diplomático –posiblemente en solitario o con muy pocos acompañantes– con la Venezuela revolucionaria en el pináculo de sus capacidades ideológicas y económicas.

Las consecuencias de haber dejado que una *rara avis* como un petro-Estado democrático retrocediera gradualmente en la calidad de su democracia, se han hecho patentes con el tiempo. El deterioro democrático ha venido naturalmente acompañado por el incumplimiento del Estado de derecho y por denuncias de violaciones a los derechos humanos. La crisis de los dos pilares de la Revolución Bolivariana ha llevado a la aplicación de medidas represivas y a la más severa recesión económica en la historia contemporánea de Venezuela. La nueva ANV presenta tres escenarios posibles para la gobernabilidad del país, que tendrán consecuencias regionales: a) un altamente probable escenario de conflicto abierto entre el ejecutivo y el legislativo; b) un poco probable escenario de cooperación entre ambos poderes públicos; y c) un escenario de mediana probabilidad, marcado por relaciones mixtas de cooperación con conflicto.

En el primer escenario la gobernabilidad seguirá en entredicho. Las rigidez en las posiciones, sobre todo las del

gobierno que ya ha demostrado haber entrado en modalidad defensiva ante lo que considera un asedio institucional (y la posibilidad de un “golpe legislativo”), parecen destinadas a forzar las debilitadas instituciones democráticas. Asimismo, la MUD enfrentará las presiones externas de un gobierno que tratará de minar sus capacidades legislativas y de control político, así como las dificultades de mantener un mínimo de cohesión y lealtad en una bancada multipartidista. Es necesario recordar que la mayoría súper calificada opositora se alcanzó con el número mínimo requerido de diputados (112/167), por lo que una sola defección, como las ocurridas en la ANV del período 2010-2015, reduciría sensiblemente el poder de la oposición y, posiblemente, su propia cohesión y coherencia.

El segundo escenario es el menos probable, considerando los antecedentes y la actual debilidad del gobierno de Maduro, que ha decidido compensar con intransigencia. La cooperación pura es siempre fácil de descartar en sistemas donde la bancada oficialista es minoría. Más aun cuando las lealtades hacia el presidente y la unidad del PSUV dependen de la cohesión que genere un liderazgo decidido, aunque no sea fuerte. Así, las altas probabilidades del primer escenario limitan las del segundo.

Los escenarios mixtos suelen ser los preferidos por los analistas. Bien sea por su ambigüedad o porque en efecto la mayor parte de las relaciones políticas domésticas e internacionales son una mezcla de cooperación y conflicto. No obstante lo que dicte la moderación analítica, este tercer escenario general está por debajo del escenario conflictivo, al menos en el

corto plazo. Para consolidar su mayoría, la MUD deberá enviar mensajes contundentes al gobierno y claros a su electorado, quedando poco espacio para la armonización de propuestas legislativas o posiciones políticas. Sin embargo, queda una rendija para la cooperación en un delicado asunto para la opinión pública: las fronteras terrestres. Alentando un mensaje nacionalista, la bancada del PSUV podría forzar posiciones menos rígidas de la MUD ante Colombia, y sobre todo frente a Guyana. Aunque forzada, resulta probable que, de darse escenarios de crisis fronteriza, la oposición se ponga de lado del gobierno.

Si el conflicto entre poderes es el escenario más probable, debemos esperar que la gobernabilidad democrática se resienta y la situación demande mayor participación regional. En las últimas crisis venezolanas los mecanismos multilaterales hemisféricos y latinoamericanos han tenido un papel marginal. Bien sea por alineamiento o por inconveniencia, las respuestas a las crisis en Venezuela han sido retos insuperables para la región. El resultado ha sido el deterioro de la gobernabilidad democrática y la crisis de la multilateralidad regional.

Sin embargo, los cambios que han empezado a operar en la región, en especial con la llegada a la presidencia argentina de Mauricio Macri, y el debilitamiento del gobierno de Dilma Rousseff en Brasil, así como la misma victoria opositora del 6D, parecen abrir una nueva etapa en la contención de los autoritarismos competitivos. El proceso de apertura cubana es otro factor que podría atentar contra la unidad de la Revolución Bolivariana, siendo posible la fractura entre modera-

dos y radicales ante las posturas asumidas por La Habana frente a los EE. UU.

Pero la posibilidad de que Venezuela genere crisis regionales, dependerá de que se activen o no lo que denomino los tres anillos de contención de crisis venezolanas. El primero anillo está compuesto por Washington, Bogotá y Brasilia. En estas tres capitales, de haber coordinación, se podría generar la más eficaz contención y gestión de crisis. La participación de Pekín y La Habana no está descartada en este primer anillo, por ser las principales fuentes de financiamiento crediticio e inspiración ideológica. El segundo anillo lo conforman Buenos Aires, México y Madrid, con la posible inclusión de Santiago. Es un anillo externo, pero que puede generar presión diplomática hacia el primer anillo por vía bilateral o por medio de los distintos mecanismos multilaterales. El tercer anillo es el multilateral, conformado por la Unión Europea y la OEA. Su presión es más simbólica, pero como demostró la carta abierta del secretario general de la OEA, Luis Almagro, a Maduro, tiene capacidad de alentar posturas frente al caso venezolano.

La activación de estos anillos de contención de crisis pasa en gran medida por la estrategia de la mayoría calificada de la

MUD en la ANV. En especial en lo que a diplomacia parlamentaria se refiere. Dado su relativo aislamiento, la oposición venezolana ha venido desarrollando una agenda de contactos exteriores que le sirvió para generar presiones de cara al evento electoral del 6D. En control del Parlamento, ha de esperarse que la actividad exterior se intensifique, revitalizando y estableciendo contactos con gobiernos, parlamentos y misiones diplomáticas, sobre todo en los tres anillos mencionados. Esto, por supuesto, tendrá repercusiones en la agenda diplomática del gobierno, por lo que, en el esperado escenario de conflicto y de baja gobernabilidad diplomática, debemos esperar que las tensiones venezolanas se internacionalicen cada vez más y sus relaciones exteriores se politicen en consecuencia.

Víctor M. Mijares es profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Simón Bolívar, Venezuela, y Research Fellow del German Institute of Global and Area Studies (GIGA), Alemania. Sus áreas de investigación se concentran en seguridad internacional, economía política internacional, análisis de política exterior y teoría de las relaciones internacionales.